

de más valía que encierra el mundo; así como el más ligero descuido, la más involuntaria distracción o desfavor se tiene por el más cruel de los tormentos que puedan sobrevenir a la criatura humana.

Clotilde no había recibido más que un pañuelo; y su corazón se inundó de placer como si hubiera tocado la suprema felicidad reservada a los ángeles.

En Leopoldo se había operado la misma mutación. ¿Qué valor, pues, encerraba aquel ligero presente que mutuamente acababan de hacer? Material, ninguno; espiritual, sin límites.

Cada uno de aquellos pañuelos contenía en la combinación de los colores, un poema de sentimientos amorosos de rima celestial, que vertía en el alma de los goces inefables de la gloria.

La reunión del azul y caña que matizaba la prenda arrojada por el artista Leopoldo, indicaba este concepto tierno y apasionado que revelaba la intensidad del amor más vehemente: «Acordaos de mí; no me olvidéis.»

¿Qué más pueden anhelar los amantes que el convencimiento de la fidelidad del objeto amado?

Clotilde subió al coche con menos dificultad que la que hasta entonces había tenido por el estado débil de su delicada salud.

Todos notaron este feliz y repentino cambio, y lo atribuyeron a la benéfica acción que empezaba a operar en ella el cambio de temperatura.

El carruaje, al estar dentro las otras personas que le acompañaban, partió velozmente con dirección a Texcoco.

En el mismo instante dos arrogantes jóvenes montaban en los caballos que estaban amarrados detrás de la casa.

Eran Leopoldo y Núñez que, satisfechos de la escena que acababa de tener lugar, se disponían a seguir al carruaje para conocer la casa en que se había propuesto vivir la familia de Landeta.

CAPITULO XIX

Toros de aficionados

Leopoldo y Núñez, después de haberse cerciorado del sitio en que vivía Clotilde, y de haber almorzado en la mejor fonda de la población, recorrían la antigua ciudad de Texcoco tan llena de recuerdos históricos y de atrac-

tivo para todo aquél que, como ellos, está dotado de una vasta instrucción, de un gusto exquisito y de una imaginación de artista y de poeta.

Allí convenían, por cálculos probables, sobre el lugar en que debió estar situado el edificio destinado al llamado tribunal extraordinario, cuyos socios se formaban de las personas más instruídas del reino, pues para pertenecer a él, no se hacía caso del nacimiento ilustre, ni del parentesco, sino del mérito de la persona: tribunal, por lo mismo, popular y respetable por su saber, que decidía sobre la aptitud de los profesores en los varios ramos de las ciencias, sobre la fidelidad de la enseñanza que recibían los discípulos, cuya falta era castigada severamente, y que estableció los exámenes de éstos últimos, propios para despertar la emulación, tan fecunda siempre en excelentes resultados.

Parecía ver aquella reunión de sabios y antiguos texcocanos, aquel consejo general, encargado de dirigir la educación del país, reunido en determinados días, en uno de los regios salones, escuchar de boca de los poetas y de los historiadores, recitar ya sus melancólicas poesías, ya sus composiciones históricas, ya sus asuntos tradicionales, y ya, en fin, las máximas de moral, propias para morigerar las costumbres, que eran premiadas, según su mérito, por las testas coronadas del imperio que asistían a estos certámenes, y los presidían de los ricos asientos que estaban destinados a ellos.

Al meditar en esto los dos excelentes amigos, no extraña que Texcoco, como lo afirma la historia, hubiera sido la cuna de los más afamados historiadores, poetas y oradores de aquella época en el Nuevo Mundo. Sabían que sus archivos dispuestos cómodamente en el palacio del príncipe Nezahualcoyotl, que descollaba como el primero entre los ilustres vates de su imperio, estuvieron provistos con los anales de las edades primitivas, y no se sorprendían, por lo mismo, de que su idioma, mucho más culto que el mexicano, y el más puro de todos los dialectos «nahualtecos», fuese el que continuó usándose después de la conquista, y en el cual se compusieron las mejores producciones de las zonas nativas.

Allí se presentaban a la fecunda imaginación de nuestros dos jóvenes, los soberbios palacios que mandó edificar el poderoso rey de Texcoco, para constante morada de los nobles del reino: el magnífico conjunto de edificios que servían para la residencia real y para las oficinas públicas. Conjunto que se extendía de Oriente a Occidente, 1234

varas, y de Norte a Sur, 978, rodeado de un muro formado de ladrillos crudos y mezcla, de seis pies de ancho y nueve de alto, en la mitad de la circunferencia, y quince pies de altura en la otra mitad.

Creía ver anexas a este admirable sitio, las suntuosas habitaciones del rey y las de su serrallo, tan provisto de hermosuras como el del sultán de Oriente. Veían sus paredes, como dice un historiador, incrustadas con alabastro y estuco de ricos colores, o adornadas con vistosos tapices de variadas obras de pluma, e íbase por debajo de espaciosos pórticos y por medio de intrincados laberintos de arbustos, a los jardines, donde los baños y las cristalinas fuentes estaban sombreados por espesas arboledas de gigantescos cedros y cipreses; a su viva imaginación se presentaban los espaciosos estanques llenos de peces de variados colores; las inmensas pajareras ostentando las aves de más lindo y brillante plumaje, y un número crecido de pájaros y animales que, no pudiendo conseguirse vivos, estaban imitados en oro y plata, con tanta perfección, que sirvieron de modelo al célebre naturalista español, Hernández, enviado por Felipe II, y cuya obra es un monumento de industria y erudición, tanto más apreciable, cuanto que es la primera que se escribió sobre este dificultoso asunto, debiéndose tener presente, que no obstante toda la luz adicional que han proporcionado los trabajos de los naturalistas posteriores, ella conserva su lugar como un libro de la mayor autoridad, por el modo claro, fiel y perfecto con que discute sus diversos asuntos.

Del sitio en que se figuraban debió estar edificado este regio palacio, en cuyo trabajo se ocuparon doscientos mil operarios, y muchísimo tiempo, se dirigieron Núñez y Leopoldo a la bellísima colonia de Tezcotzinco, distante dos leguas de la ciudad, que fué la residencia favorita de Nezahualcoyotl, llena, en aquella remota época, de bellísimos jardines, sobre los cuales se levantaba un magnífico palacio de elegante y sólida arquitectura, al cual se subía por una serie de 250 escalones, muchos de ellos trabajados en el pórfido natural. En el jardín de la cumbre había un receptáculo para el agua, ministrada por un acueducto que atravesaba collados y valles, por varias millas, sobre enormes estribos de sillería. Una gran roca se levantaba en medio de este estanque, esculpida con jeroglíficos que representaban los años del reinado de Nezahualcoyotl, y las principales proezas que había ejecutado en cada uno de

ellos, y en su remate se veía la imagen de un «coyote», animal semejante a la zorra, el cual, según la tradición, representaba a un indio famoso por sus ayunos.

Gratamente conmovidos por los recuerdos que evocaban los venerados sitios que hollaban con su planta, recorrían aquella deliciosa colina, a la cual se retiraba frecuentemente el monarca a descansar de las fatigas que causan los asuntos serios del Estado, y a dar solaz al fatigado espíritu, en medio de las bellísimas mujeres, que cual las seductoras huríes del profeta, reposan reclinadas en un lecho de rosas, y a la sombra de los corpulentos árboles de los floríferos jardines, esperando una caricia de su poderoso y respetable dueño.

Aquél era el privilegiado sitio en que el vate rey, el gran Nezahualcoyotl, se entregaba en los últimos días de su vida y cuando la edad había templado su ambición y el ardor de su sangre, al estudio y la meditación, y donde su alma inclinada a la dulce poesía, expresó en sentimentales estrofas, profundos y nobles pensamientos.

Núñez no pudo contemplar sin conmoverse, aquellos lugares de antiquísimos recuerdos, donde cada piedra, cada arbusto, cada grano de arena encerraba un poema de angélica armonía, tan bello para el hombre pensador, como insignificante y sin sentido para el vulgo indiferente.

—¡Qué grata melancolía se respira en este sitio! —exclamó Núñez dirigiéndose a su amigo Leopoldo—. ¡He aquí un libro elocuente de lo que son las grandezas de los individuos y de los imperios. La pompa, el poder, el fausto y la riqueza del rey más sabio y más grande del Anáhuac, yacen reducidos a polvo, a nada, a lo que somos. Nada queda de las sublimes obras materiales con que embelleció su reino: las estatuas, los palacios, los jardines, todo ha desaparecido bajo la huella destructora del tiempo; sólo las obras de la inteligencia, como producciones del alma inmortal, sobreviven para revelarnos la historia de las pasadas generaciones.

—Es verdad —respondió Leopoldo—. De las obras de tan excelso monarca, sólo nos quedan las imperecederas páginas de sus tiernas, religiosas y filosóficas poesías, llenas de unción y de fluidez, que conmueven el alma. A usted he oído recitar una de esas producciones que tendría mucho placer en oírla repetir en este sitio en donde probablemente sería escrita.

—Se la recitaré —contestó Núñez—; porque me parece

que ellas imprimen a esta desierta colina el atractivo de las pasadas edades.

Y el arrogante joven, profundamente conmovido y con voz clara y sonora, pronunció estos versos del rey texcocano, que el viento en sus ligeras alas llevó por todos los ámbitos del espacioso valle:

«Todas las cosas tienen su término en la vida, y en la más alegre carrera de vanidad y de esplendor falta su fuerza y se hunde en el polvo. Todo el mundo no es sino un sepulcro, y nada hay que viva sobre la superficie de la tierra que no haya de ser cubierto y sepultado en ella. Los ríos, los torrentes y arroyos, corren a su destino. Ninguno vuelve atrás a su agradable manantial: siguen adelante; y van precipitadamente a sepultarse en el profundo seno del Océano. Las cosas de ayer ya no son hoy, y las de hoy acaso dejarán de existir mañana. Los cementerios están llenos del pasado polvo de cuerpos vivificados un tiempo por almas racionales que ocuparon tronos, presidieron consejos, acaudillaron ejércitos, se abrogaron culto, se ensorberbecieron con la vanagloria, con la pompa, con el poder y el imperio. Pero todas estas cosas han desaparecido como el humo terrible que sale de la garganta del Popocatepetl, sin más recuerdos de su existencia, que el de estar inscrita en las páginas del historiador.

»El grande, el sabio, el valiente, el hermoso, ¡ah!, ¿dónde están ahora? Todos mezclados bajo el césped; y lo que les sucedió a ellos, ha de acontecernos a nosotros y a aquéllos que nos sucedan. Alentémonos, pues, nobles e ilustres caudillos, amigos verdaderos y leales súbditos, «aspiremos a obtener aquel cielo, donde todo es eterno, y donde no puede llegar la corrupción». Los horrores de la tumba no son sino la cuna del sol, y las sombras de la muerte, brillantes luces para las estrellas.»

—¡Cuánta verdad encierran las breves páginas de esa tierna poesía! —dijo Leopoldo—. Los hombres de todos los países, desde las más remotas épocas hasta nuestros días, han comprendido que la felicidad humana es transitoria; y que nada existe inmutable, sino los bienes reservados al hombre virtuoso, en la mansión de Dios. Pero volvamos a Texcoco, que la tarde avanza, y la corrida de toros dispuesta por los amigos de don Emilio, para observar, debe empezar dentro de una hora.

—Sí, marchemos—contestó Núñez.

Y arrimando las espuelas a los ijares de sus caballos, des-

cendieron de la colina y se dirigieron a la antigua capital del ilustre Netzahualcoyotl.

La gente, en tropel, acudía de todas partes a la función de toros, en que iban a lucir su habilidad tauromáquica los jóvenes aficionados de lo más selecto de la población.

En la inmensa plaza del mercado se había improvisado, con tablonés y vigas, el sitio de la liza.

Debajo de los arcos del largo y espacioso portal que adorna uno de los lados, se encontraban los principales palcos.

Las localidades estaban llenas de personas de ambos sexos, que esperaban con impaciencia que diese principio la función.

Muchas de las familias principales tenían entre los aficionados que iban a manifestar su destreza en el manejo del caballo al lazar o colejar un toro, algún deudo, amigo, o persona de su aprecio, sin que faltasen bellas jóvenes que contaban al objeto de su amor, experimentando por sus futuros triunfos, el placer anticipado que inunda el alma de dulce satisfacción.

Sobre las vigas, sobre las azoteas de las casas que circundan la plaza, en los balcones, y hasta subidas en la cima de los árboles que sombrean aquel sitio, se veían multitud de personas, ávidas de ver y de aplaudir a los que iban a tomar parte en la agradable fiesta.

Al notar aquella alegría, aquel afán, aquel delirio por las corridas de toros, cualquier extranjero hubiera creído encontrarse en una de las ciudades de España. Nada, al menos, faltaba de aquella animación, de aquel bullicio, de aquel placer que se advierte todos los domingos en la ancha calle de Alcalá, en los momentos en que todo Madrid, en coches, en ómnibus, en calesas y a pie, se dirige a la espaciosa plaza en que tienen lugar las animadas corridas.

Era un espectáculo que revelaba su origen español; pero que, penetrando en el redondel y examinando las variadas suertes que ejecutaban, presentaba toques y tintas enteramente originales.

Con las costumbres sucede lo mismo que con las fisonomías.

Parécense los individuos de una misma familia; pero, sin embargo, siempre hay en ellos particularidades y rasgos especiales que no les dejan confundirse.

Y esto mismo sucede con las corridas de toros en México. España las aclimató en la bella región de Anáhuac; conservan el mismo tipo, el mismo aire de familia; pero

analizadas con ojo observador, se advierte inmediatamente que difieren unas de otras, y que sólo conservan las señales características más pronunciadas que revelan su cuna.

Las corridas de España son más serias, más imponentes, más clásicas, digámoslo así; guardan todavía aquel aspecto de la Edad Media, aquel barniz guerrero de los caballeros que, ostentado en sus cimeras los colores de su amada, se presentaban en la arena a rejonear al valiente y temible toro de Jarama.

Las de México son más vistosas, más ligeras, más poéticas, menos sangrientas; pero igualmente animadas, igualmente interesantes.

A lo animado, serio y agradable de aquéllas, reúnen los variados y difíciles lances que a caballo ejecutan los excelentes jinetes mexicanos, gente la más diestra en el manejo del brioso alazán.

Pero penetremos en la plaza.

Un inmenso gentío ocupa todas las localidades.

Los palcos, llenos de encantadoras jóvenes, elegantemente vestidas, remedan un encantado jardín, donde Flora se ha complacido en colocar los más vistosos ramilletes, formados de las escogidas flores de sus poéticos pensiles.

En medio de aquel florífero vergel de vivientes azucenas, descollaba la apacible Clotilde, la fragante rosa, la reina de las flores, como el ojo de la primavera, la púrpura de la tierra, el carbunco vivo, la estrella vegetal y el fuego perfumado que embellece los jardines.

Ceñía su esbelto y delicado cuerpo de seductoras formas, un vestido punzó, que hacía resaltar la blancura de su angélico rostro y de su redonda y ebúrnea garganta; y sobre el abundante cabello de su poética cabeza, peinado con gusto, sencillez y elegancia, se veía una cinta azul celeste, con gracia entrelazada.

En sus pequeñas y redondas manos, cubiertas de finísimos guantes de cabritilla, acariciaba un bellissimo abanico de plumas azul celeste y doradas, que llevaban a su angélico rostro el regalado ambiente impregnado de los exquisitos olores que exhalaban de sus flotantes trajes, las seductoras hijas del suelo texcocano.

Sobre sus redondos y nevados hombros llevaba un transparente y pequeño pañuelo de blanca gasa, prendido con una bellissima esmeralda.

Clotilde era una de aquellas bellezas románticas, dulces, interesantes, apacibles y seductoras, que atraen, sin intentar, que cautivan sin violencia, que se aman porque em-

briagan con su natural hechizo, con su magnética y dulce mirada, con su armonioso acento, con la aureola celestial que baña los angélicos contornos de esas mujeres, de quienes los gentiles hubieran hecho una divinidad.

Las miradas de todos los jóvenes estaban fijas en aquella joven y pálida deidad, cuya hechicera y dulce melancolía prestaba nuevos atractivos a su angélica belleza.

Nadie ignoraba que estaba enferma; y esta circunstancia contribuía a que se aumentase el interés y la simpatía de todos hacia ella.

La veían fríste y lánguida, dejando vagar en sus purpúreos labios, cuando le dirigían la palabra, una sonrisa melancólica y apacible, como la moribunda luz que envuelve el mundo al hundirse el sol en el ocaso.

—Te veo muy triste, hija mía —le dijo Inés, que estaba sentada a su lado—. Hace un instante estaba satisfecha de verte afanada en engalanarte para asistir a la corrida, y desde que hemos llegado, te has vuelto a hundir en esa mortal melancolía que te consume y que nos alarma.

Los ojos de Clotilde se llenaron de lágrimas, que trató de ocultar, cubriendo el rostro con el abanico.

Había estado afanada, era cierto, por asistir a la animada función; pero aquel afán había reconocido una causa poderosa. Se figuraba encontrar en ella a Leopoldo, al objeto de su amor; y alentada con esta esperanza, se había vestido con aquellos colores que, expresando los afectos de su alma, llevasen el consuelo al corazón de su idolatrado amante.

Pero Leopoldo no estaba allí; la hermosa joven había recorrido con la vista todos los palcos y sitios principales, y en ninguno estaba el objeto de su amor.

—¡Tal vez habrá vuelto a México!—pensó; y la infeliz volvió a quedar sumergida en sus tristes ideas.

El sol de la esperanza, que había reanimado su espíritu pocas horas antes, se ocultó entre las nubes del sentimiento de la ausencia, y Clotilde, semejante al heliotropo que inclina, abatido, sus hojas al ocultarse el astro principal; a quien sigue constantemente y por quien vive, volvió a quedar entregada al pesar y a la melancolía, alarmando con su notable palidez y su postramiento, a la cariñosa Inés, que con maternal cariño la observaba.

Don Emilio, Duval y el doctor, entretenidos en asuntos de política, sostenían una conversación animada, en un extremo del palco, sin fijar la atención en las dos hermosas.

De repente sonó una trompeta, y las puertas de la plaza

se abrieron, dando entrada a los jóvenes aficionados, que se presentaban a lucir su habilidad y su destreza.

Cuatro iban en arrogantes caballos, de plateadas y ricas sillas, provistos de excelentes reatas y vestidos con el airoso traje de «ranchero» mexicano; los demás marchaban a pie, llevando al brazo vistosas capas de brillantes colores, hechas expreso para aquella corrida.

Un aplauso general resonó por todos los ámbitos a la vista de los elegantes, finos y aficionados gladiadores.

Cada uno de ellos envió una mirada al palco en que se hallaba la señora de sus pensamientos, y se propuso en su interior sobresalir en los lances que iba a presenciar la escogida y numerosa concurrencia.

Preciso es advertir que, en estas corridas de aficionados, los espectadores nada pagan, pues la función no es más que un obsequio que hacen a sus amigos los mismos jóvenes que se lanzan a la arena, y que a escote han hecho todos los gastos que originan esas alegres fiestas.

Por lo mismo, los actores y los espectadores se componen generalmente de lo más granado de la sociedad, lo que contribuye a que reine en la plaza el buen humor, la armonía, la compostura y la galantería, que se observa entre gente fina y bien educada.

Clotilde volvió a pasear sus melancólicas miradas por la concurrencia, en busca del objeto que no podía olvidar un solo instante, y los bajó afligida, al ver que no estaba entre aquel inmenso público, cuya alegría formaba contraste con su sentimiento y su dolor.

—¡Se ha ido a México; no hay duda!—repitió para sí, ahogando en su garganta un suspiro próximo a salir.

Un grito de placer resonó en aquel instante por todas partes.

Clotilde levantó la cabeza.

Era el primer toro que salía, y a quien saludaba la multitud.

Los atrevidos jóvenes que formaban la cuadrilla de a pie, hicieron diversas suertes de gran mérito, que les valió una lluvia de aplausos.

No estuvieron menos felices los picadores, que, con un arrojo y una maestría admirables, sostenían el empuje del potente toro, burlando su furia, sin permitir que ensangrenase sus agudas astas en el brioso corcel diestramente dirigido.

Pero nada más admirable, nada más difícil, ni nada más airoso, como el banderillar a caballo.

Sentado elegantemente en la silla, con una naturalidad cautivadora, ostentando en cada mano una banderilla de lujo, pero mucho más pequeñas que las comunes; sosteniendo la rienda con el dedo meñique de la mano izquierda, se veía a los banderilleros de a caballo presentarse delante de la fiera, llamarla, y al ser acometidos, soltarse encima de la cabeza que el toro bajaba para herir, clavarle las banderillas con admirable limpieza, y seguir corriendo a tomar otras nuevas, en medio de los bravos y de las palmadas de la multitud.

Es preciso ser excelente jinete, como son en general los mexicanos, para ejecutar a caballo esa y otras suertes difícilísimas, que en ninguna otra parte he visto.

El doctor y Duval eran de los que más admiraban aquellos lances, desconocidos en Europa.

Don Emilio, que en su juventud había sido uno de los notables en hazañas de aquella naturaleza, estaba enajenado de placer, y no apartaba la vista de los diestros y atrevidos jinetes.

Sólo Clotilde y la hermosa Inés no participaban del general contento. Aquélla, porque para el corazón enamorado nada tiene atractivo ni vida en la tierra, si no está animado por la presencia del objeto de su amor; y la segunda, porque advertía y adivinaba los sentimientos que embargaban el tierno corazón de su querida expórita.

El toro fué muerto por uno de los de a caballo, y sacado de la plaza por tres mulas, con penachos blancos y encarnados, y con gusto y lujo enjaezadas.

Iba a salir el segundo toro, que se anunció estar destinado para «colearlo».

—¡Bravo! ¡bravo!—gritó la multitud alborozada—. ¡Cola, cola!

Los jinetes reconocieron las cinchas, apretaron las sillas a sus caballos, y se prepararon para ejecutar la nueva suerte enteramente mexicana.

Ya se disponía el encargado del toril a abrirlo, cuando se presentaron en el redondel dos nuevos jinetes, perfectamente montados, y oprimiendo los lomos de dos briosos arrogantes y obedientes caballos.

El público dejó escapar un grito de entusiasmo y bienvenida, al notar el porte gentil y gallarda presencia de los recién llegados.

Clotilde dirigió la vista hacia los nuevos jinetes, y al en-

contrarse sus ojos con los de uno de ellos, se estremeció en su asiento, y el carmín coloreó sus pálidas mejillas.

Era Leopoldo, que llegaba con Núñez a tomar parte en la diversión.

Duval y Willey se miraron con asombro, y dejaron escapar, en voz baja, una horrible imprecación.

—¡Soy feliz!—exclamó Leopoldo, dirigiéndose a su amigo, mientras daban una vuelta juntos alrededor de la plaza, con pretexto de reconocer el terreno.

—¿Por qué?

—¿No ve usted que se ha presentado vestida con traje punzó?

—Sí, ya lo veo, y también que está hechicera con él.

—¡Ah! ¡me esperaba!; ¡su corazón le decía que concurriría a la fiesta!

—Pero ¿qué indica ese color para que labre su felicidad?

—Ese color punzó expresa cuanto puede desear el corazón de un amante; expresa este sublime y consolador concepto: «Os amo más que a mi vida.» ¿Y puedo apetecer yo más sobre la tierra que su amor?

—No; porque para quien ama con todas las veras de su alma, no existe otro bien bajo la bóveda del cielo.—contestó suspirando y conmovido Núñez—. Pero si no me engaño, en el peinado lleva una cinta azul celeste, con gracia puesta. ¿Sabe usted, por ventura, si el color de esa cinta se encuentra en armonía con el significado del vestido?

—Perfectamente en armonía, lo mismo que la esmeralda que brilla en su pecho, y el rico abanico que sostiene en sus torneadas manos.

—¿Será posible?

—Sí, amigo mío. La cinta azul celeste en la cabeza, expresa este dulce pensamiento: «Yo también os amo.» Los colores azul y dorado que ostentan las plumas de su pintado abanico, me dicen: «Sed constante y seré vuestra»; y la rica esmeralda que sostiene su fino y transparente pañuelo, expresa este mismo concepto: «Correspondo a vuestro amor; tened esperanza en la felicidad conyugal.»

—¡Ah! ¡Cuánto gozo al ver a usted tan dichoso, amigo mío!—exclamó Núñez, cuando se encontraban casi debajo del palco de don Emilio.

Los dos jóvenes saludaron, y el saludo les fué correspondido con singular demostración de afecto de Inés, Clotilde y Landeta.

Sólo Duval y el doctor se tocaron friamente el sombrero

y refunfuñaron entre dientes palabras de odio y de venganza.

Inés dirigió una mirada de cariño y de inteligencia a su protegida, y le estrechó la mano en señal de parabién.

Como las plantas recobran su frescura y lozanía a los nítidos rayos de la naciente aurora, así Clotilde recobró su alegría y su contento al ver delante de sus ojos al sol de su esperanza, a la aurora de su futura felicidad.

Su primer cuidado fué observar si en el adorno del sér que idolatraba, encontraba algún objeto parlante que le revelase los tiernos sentimientos de su cariño eterno.

Sus ojos se fijaron en el lindo pañuelo de seda, blanco y verde, que caía en graciosas puntas de su cuello, formando una airosa corbata, y en su fisonomía se pintó la gratitud y la satisfacción más puras.

En aquellos dos colores leyó en pocas palabras todo un poema de felicidad, de juramentos de amor, de ternura y de pasión: «Estad segura de mi amor.»

Clotilde sintió embalsamado su pecho con un deleite inefable, que recompensó con usura, en un solo instante, todos los tormentos sufridos hasta entonces.

Tranquila y satisfecha con aquella protesta de amor, que le aseguraba de la constancia y fidelidad de su amante, dirigió la vista a otro objeto insignificante para el resto de los concurrentes, pero de suma importancia para ella.

Era un pequeño ramo de caléndulas, con una hierba en medio, llamada anagalida, colocado como adorno a un lado de la ancha ala del sombrero, y sostenido por la gruesa toquilla.

La joven sintió una ligera inquietud al analizar aquel precioso ramo, y pareció meditar un instante.

¿Qué era lo que en él había leído?

¿Por qué aquella ligera inquietud y aquella meditación?

Era que el ramo de caléndulas indicaba, en el lenguaje floral, «las diez», y la hierba anagalida, «cita».

Clotilde comprendió que su amante deseaba tener con ella una entrevista a las diez de la noche, y luchaba entre el deseo de complacerlo y el temor de que la sorprendiesen hablando con él.

De repente pareció tomar una resolución; sus ojos brillaron con el fuego del intenso amor, los fijó en Leopoldo, que la observaba con disimulo, y cerrando el precioso abanico con la mano derecha, dió con él dos golpecitos en la palma de la izquierda, contestando de aquella